

Nocturno

Tamara Alonso Agudo

Capítulo 1: Locura

Eran las cuatro de la madrugada. Kalev se despertó, sobresaltado. Estaba desorientado, parpadeó varias veces y se llevó las manos a la cara, sin embargo no las vio, solo oscuridad. Su reloj interno insistía en que se trataba de las cuatro de la madrugada pero era imposible, no podía despertarse hasta las siete. Así era como funcionaban las cosas; cada noche a las diez y media caía sumido en un profundo letargo similar al desmayo de una persona, a lo que denominaban “el Sueño”, y despertaba cada mañana a las siete en punto, como el resto de la raza Vreme que habitaba el mundo tras la extinción de los humanos. Pero hoy no eran las siete, no había amanecido y todo era silencio. ¿Silencio? Se concentró en intentar escuchar algo, pero no había nada que escuchar porque su reloj se había parado, estaba muerto.

Kalev se encontraba paralizado por el horror de su descubrimiento, estaba en estado de shock; no podía ser verdad. Intentaba pensar pero cada vez le costaba más concentrarse y parecía que una densa niebla le abotargase los sentidos. No podía hacer nada, no podía rebatir aquel conocimiento que lo comía por dentro y estaba indefenso ante él. Apretó los puños en torno a las sábanas mientras se retorció por un dolor que no podía sentir, se abandonó al llanto y a la locura, que lo llamaba como una sirena llama a un marinero, envolviéndolo en un sinsentido y atrayéndolo hacia lo más profundo de las oscuras aguas, dejando escapar la cordura, haciéndola libre.

Despertó de aquel sopor, somnoliento, abrió los ojos con gran esfuerzo y miró a su alrededor. Todo estaba destrozado. Las plumas del edredón estaban repartidas por toda la habitación, las cortinas yacían desgarradas en el suelo, el espejo ya no estaba en su sitio y sus cristalinos pedazos refulgían desde la mesilla y el suelo.

Se miró a sí mismo y vio cortes en los brazos y las manos. Se quedó así, observándose, por un momento. Y no le importó la sangre, no le importaron los cortes ni los destrozos, porque ya no era él. Había dejado de ser Kalev para convertirse en un monstruo, en un ser consumido por la locura de saberse muerto.

Aquella mañana se dio cuenta de que necesitaría un reloj para saber la hora -los relojes no se comercializaban, dado que todo el mundo sabía la hora en todo momento gracias a su reloj interno, que estaba íntimamente unido al corazón-, por lo que salió a comprar las piezas necesarias para fabricarse uno él mismo. No todo

el mundo sabía hacerlo, pero él había estado trabajando en un proyecto para desarrollar corazones artificiales, por lo que no tendría ningún problema.

Paseó por las calles de la abarrotada ciudad sin que nadie se fijase en él, después de todo no era más que un hombre dentro de una gigantesca sociedad. Su mediana estatura y su complexión corriente hacían que no destacara entre el resto, los reflejos violetas en su pelo castaño y sus ojos almendrados color miel oscura con vetas doradas tampoco eran una característica inusual dentro de aquella extraña raza. En otro tiempo, cuando sólo existían los humanos, creerían que se había teñido y que llevaba lentillas, pero aquello en él era natural, como el reloj que acababa de pararse en su pecho. Lo único por lo que destacaba era por sus manos, extraordinariamente habilidosas, con dedos largos y estilizados. Pero eso era algo que no llamaba la atención si no se hacía una buena demostración, por lo que pasó desapercibido mientras hacía sus compras.

Aunque no trabajaba, pues aquel proyecto ya no requería de sus conocimientos y habilidades, no tenía problemas económicos gracias a la herencia de sus padres, que murieron cuando él era todavía un adolescente, debido a lo cual tuvo que aprender a cuidarse por sí mismo desde una temprana edad.

Tardó el resto de la mañana y parte de la tarde en fabricar un reloj sencillo y, cuando llegaron las diez y media y todas las luces de las calles se apagaron, dejando a oscuras la ciudad, lo puso en hora.

Pasó la noche curándose las heridas, de sus manos primero y de sus brazos después. Había una especialmente fea que le cruzaba el antebrazo desde la parte derecha de la muñeca hasta el lado izquierdo del codo por la parte interna del brazo. Se vendó esa herida con cuidado y salió al balcón, desde allí podría contemplar gran parte de la ciudad si esta no estuviera a oscuras, pero por primera vez apreció la belleza de la oscuridad. La noche dejó de ser ese momento rutinario en el que la consciencia dejaba de formar parte de su ser y contempló las rutilantes estrellas de vívidos colores, también las había con colores más apagados, y otras cuya luz temblaba como un cachorro asustado. Las calles fantasmas, abandonadas en la profundidad de la noche, parecían susurrarle al oído que fuera a acompañarlas, y así lo hizo. Dejaron de ser un secreto para sus ojos mientras caminaba por ellas en la penumbra, acompañado tan solo por su silencio, tranquilizador, hecho a medida. En aquella quietud los pensamientos fluían en su mente sin ataduras, con una facilidad asombrosa, y se encontró reflexionando por qué él. ¿Qué había hecho él para merecer la condena que era no vivir sin estar muerto? ¿Por qué él y no otra persona? ¿Es que el resto del mundo era superior a

él, mejor en algún sentido? ¿Es que aquellas personas que estaban durmiendo en ese momento en sus casas tenían más derecho que él a vivir? Una rabia incontrolable nació en su estómago y, como una bola de fuego, subió hacia su pecho. La rabia por encontrarse en esa situación se transformó en ira hacia todas las personas vivas que lo rodeaban. Si él no podía vivir en paz, ellos tampoco. Aquella gente debía pagar por su agravio. Todas aquellas personas que no merecían vivir y que sin embargo lo hacían, mientras que él no volvería a escuchar jamás el tic-tac de su reloj, debían morir.

Capítulo 2: Sangre

Se dejó llevar por el odio hacia todo lo vivo y entró en el primer portal que encontró en su camino. Mientras paseaba había llegado a una parte moderadamente acomodada de la ciudad, cerca del barrio en que él vivía bajando la ladera, donde no había bloques de pisos sino casas, aunque la diferencia tampoco era tan holgada, pues los bloques no superaban los tres o cuatro pisos. Debido a que las llaves eran electrónicas y no había electricidad por la noche (pues no la necesitaban) al empujar la puerta esta se abrió sin problemas, dejando a su disposición todo lo que aquella casa contenía, incluidas las personas que la habitaban. Kalev apenas veía, pues la única fuente de luminosidad era la que procedía de la luna y las estrellas del cielo nocturno, que se filtraba por las ventanas y la puerta ahora abierta de la casa. A su izquierda había una puerta entreabierta y pudo comprobar que era la cocina, entró en ella y rebuscó en los cajones en busca de un cuchillo lo suficientemente grande y afilado. No tardó en encontrar uno que contara con las características que él buscaba, apretó con fuerza la empuñadura y salió de la cocina. Sabía que el sigilo no era necesario, pues nadie podría escucharlo, pero aún así se encontró esforzándose por hacer el menor ruido posible. Avanzó por el pasillo tanteando la pared con ambas manos y portando el cuchillo en la derecha, tras unos pocos metros que se le hicieron eternos, al fin encontró una puerta. Estaba cerrada. Bajo toda la ira, el odio, la envidia y el dolor, pudo comprobar que se sentía inquieto, aunque en aquellos momentos no le importó lo que sintiera por debajo de la superficie, solo importaba aquello que le impulsaba a hacer lo que estaba a punto de hacer, ¿la locura?

Abrió la puerta con la mano izquierda, la manilla era metálica y estaba fría. Ante él había una cama y un hombre echado en ella. La luz de la luna, que brillaba afuera en la noche, se reflejaba en el apacible rostro del hombre, ajena al horror que estaba a punto de ocurrir dentro de aquella habitación, bajo su resplandor puro e inmaculado. Se tomó unos segundos para contemplar a su víctima: estaba descansando, disfrutaba de un estado que él jamás podría volver a experimentar, el tic-tac de su corazón resonaba en los oídos de Kalev como si de una burla se tratase, aquella situación era humillante para él, por lo que odió al hombre aún más. Apretó fuertemente el cuchillo y lo descargó con violencia sobre el cuerpo inmóvil de aquel hombre anónimo, cuyo único pecado era estar vivo.

Notó el desgarró de la carne bajo el filo de acero del cuchillo, y la sangre, roja y caliente, brotó del interior de la herida, manchando sus dedos e impregnando la habitación con un olor metálico. Retiró el arma mortal y la alzó, de su punta resbaló un hilo de líquido escarlata pero no dejó tiempo para que acabara de caer, pues volvió a hundirlo en el hombre, creando una nueva herida, rompiendo una vez más los frágiles hilos que lo ataban a la vida.

El olor y el calor de aquel preciado líquido parecían aumentar sus ansias de venganza. Una y otra vez izaba el cuchillo bañado en sangre, como una bandera carmesí marcando tierra conquistada. No supo cuánto tiempo había pasado apuñalando al hombre, se había dejado llevar por un brutal torrente de locura que lo había arrastrado hasta dejarle sin aliento. Se apoyó sobre el cuerpo sin vida de su víctima. El cuchillo se le resbalaba entre los dedos, por fortuna el mango impedía que se cortase con el filo. Tomó aire, pero el ambiente apestaba a sangre y sintió náuseas, sin embargo no tenía nada que vomitar. Fue hacia la ventana y la abrió, necesitaba aire fresco así que respiró hondo. Todavía podía sentir, aunque con menor intensidad, aquel instinto salvaje que lo había llevado a asesinar al hombre anónimo que todavía yacía en su lecho, pero su sed de sangre se había calmado por el momento. Ya se sentía mejor.

Tenía que salir de allí, intentó salir de la habitación sin pisar los charcos de sangre y, al llegar al umbral de la puerta, apenas dedicó una última mirada a su obra.

Con pasos frenéticos salió de la casa, quería estar en cualquier parte menos en aquel lugar. Si alguien hubiese presenciado lo ocurrido podría haber pensado que Kalev había sentido remordimientos por la atrocidad que había cometido, pero no era así, al menos no por el momento. Era simplemente que le repugnaba tanta sangre, no podía soportar su hedor ni su visión, no estaba hecho para ello. Pero, una vez más, ¿para qué estaba hecho Kalev? No pudo responder a esa pregunta, y tampoco quiso pensar en ello, porque descubriría aún más preguntas sin respuesta y aquello era algo que no se le daba bien, a él le gustaba el control. O al menos al Kalev de antes le gustaba, ahora ya no sabía quién era, ni siquiera sabía si era. Todo cuanto había conocido le resultaba extraño, y viceversa, todo lo anteriormente ajeno le parecía ahora misteriosamente familiar, como un viejo amigo al que hace demasiado tiempo que no ves, y cuando te reencuentras con él te das cuenta de lo mucho que lo has echado de menos y lo vacía que estaba tu vida sin él.

Kalev volvió sobre sus pasos para regresar a casa, todavía estaba acelerado por la emoción de lo acontecido, pero se sentía distinto, menos eufórico. Cuando por fin llegó a la puerta de su casa tuvo que utilizar la camiseta a modo de guante para no manchar la manilla de sangre. Una vez dentro fue directo al baño, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Necesitaba deshacerse de todo aquel funesto líquido. Sí, no había mejor manera de describirlo; no era un deseo, era una necesidad. Se le mojaron las vendas y maldijo en silencio, se las quitó poco a poco y pudo ver las heridas, aún tiernas, bajo las últimas gasas. Permitió que el agua tibia, casi fría, se deslizase por su piel, arrastrando todo a su paso, y le pareció que también se llevaba consigo su energía, pues se sintió debilitar. Se dejó caer en el plato de la ducha, contra la pared, y apoyando la cabeza sobre sus rodillas intentó llorar por haberse enterrado a sí mismo, pero no le salieron las lágrimas. Se pellizcó en uno de sus cortes, intentando en vano que el dolor generase en él esas lágrimas que tanto necesitaba expulsar de su interior. Nada. Sólo dolor. Aquello era lo único que le quedaba: ratificar su existencia, incluso sabiéndose muerto, a base de dolor.

El agua comenzaba a estar demasiado fría, así que la cortó, pero siguió clavado en el sitio donde se había dejado caer. Temblando, se contempló a sí mismo, desnudo y sin vida, tan solo una mente maltrecha subsistiendo en el interior de un cuerpo vagabundo. Y gritó con todas sus fuerzas, gritó hasta que su garganta, mediante el maldito dolor, le recordó que todavía no podía disfrutar de la muerte. Exhausto y con las extremidades agarrotadas, se levantó al fin para continuar existiendo.

Se secó con la toalla, se vistió con ropa limpia y recogió la que estaba manchada de sangre. Sin embargo, en lugar de lavarla, la echó a la estufa de leña y la observó quemar a través del vidrio. Había tanta belleza en su destrucción que se quedó ensimismado hasta que se dio cuenta de que ya no quedaba nada. Y eso mismo podía aplicarse a él. Ya no quedaba absolutamente nada de él, su antiguo yo había desaparecido, consumido, al igual que la ropa por el fuego, por aquel nuevo ser loco de ira, desesperado por la venganza. ¿O tal vez sí vivía en él algo de su pasado? Antes creía estar seguro de que no, pero ¿acaso la propia existencia de la duda no le estaba indicando que no era así? ¿Que aún había un pedazo de él en aquel cuerpo muerto? Ya no lo sabía, nada tenía sentido y cuanto más lo pensaba menos sentido le encontraba y más nervioso se ponía.

Estaba en el salón, los anaranjados reflejos de las llamas bañaban una estancia ordenada y espaciosa. Un amplio sofá blanco orientado hacia la estufa presidía toda la habitación. Tras él se erigía una estantería de madera oscura que llegaba hasta el techo, estaba repleta de gruesos volúmenes de su especialidad en la parte

en la que le quedaban más a mano, y diferentes libros llenaban el resto: novelas, libros de poemas, ensayos, teatro... Innumerables títulos que nunca había tenido tiempo de leer, siempre había algo más importante. Ahora podría leerlos, ahora podría dedicarles todo el tiempo que quisiera porque no tenía tiempo que perder, su tiempo era eterno.

Sin embargo no quiso abrir un libro, lo único que quería era dejar de pensar, pero no podía. Quería apagar su cerebro, poder volver a disfrutar de la inconsciencia pero estaba condenado a “vivir” la completa longitud del día y de la noche por el resto de sus días. Se le había negado cualquier tipo de descanso de su ser, no podía desconectarse de sí mismo por mucho que quisiera.

Necesitaba distraerse, alejar su mente de sí mismo al menos mientras la luz del día bañase las calles. Al entrar en una de las habitaciones que no usaba encontró la solución que buscaba cuando tropezó con unos grandes cubos de pintura. Llevaban allí junto con las brochas y los pinceles desde que entró a vivir en aquella casa y jamás los había necesitado, objetos muertos en el espacioso silencio de una habitación privada de gloria, ahora volvían a la vida para recuperar el aliento de un hogar dormido.

Destapó el primer cubo y vio su rostro reflejado en la brillante superficie de un líquido tan oscuro como la noche. Tomó en su mano uno de los pinceles más gruesos y lo sopesó, aquel estaría bien. Trazo tras trazo fue vertiendo su atormentado espíritu en las paredes desnudas, impregnándolas de un triste quejido, lastimero y opaco. Abrió otro de los recipientes y encontró pintura escarlata. Perfecto. Otorgó al alma de la obra el grito de agonía, feroz y desgarrador, que marcaría la diferencia para que el tormento tuviese vida, la que le faltaba al artista.

Sin darse cuenta las horas fueron pasando, las pinceladas dejaron de ser algo externo para convertirse en su guía intrínseca y cuando salió de aquel mundo cromado ya estaba atardecido. Hora de volver a su hogar.

Sonrió para sí al ver los últimos rayos solares, que teñían de tonos naranjas las nubes del firmamento. Volvió al salón y, mirando a través de los amplios ventanales esperó hasta que el último atisbo de luz fue enterrado en el horizonte. La gente, ajena a su mirada, se guardaba en sus casas para recibir con descuido, como cada noche, el Sueño. Horas de paz y descanso, para algunos tal vez una molestia en sus quehaceres, para él un anhelo inalcanzable, su paraíso perdido.

Subió la marea en su mente y Kalev la recibió con los brazos abiertos. La noche anterior lo había preparado para las olas de venganza, odio y locura. Salió de su casa en busca de una presa y la noche lo envolvió en su manto protector. Mientras ella estuviera allí él no tenía nada que temer. Su acelerado paso delataba la ansiedad, caminaba con los puños apretados y escudriñaba cada rincón, buscando algo que le hiciera sentir que aquella era la casa en la que debía entrar, pero ¿qué buscaba? Ni siquiera él lo sabía y, finalmente, se rindió a la impaciencia y entró en una vivienda cualquiera. Sacó el cuchillo que había colgado en su cintura y lo empuñó con fuerza mientras tanteaba en busca de una puerta. Palpó una manilla y la abrió despacio, pero al asomarse al habitáculo se dio cuenta de que estaba vacío. Volvió al pasillo en penumbra y continuó abriendo y cerrando puertas hasta que al fin dio con la única que estaba ocupada. Gracias al tenue resplandor de la luna pudo ver que había un pequeño cartel en la puerta que rezaba *Recién enlazados*. Vaya, una parejita. Una torcida sonrisa se dibujó en su rostro y, al fin, entró.

-¿Por dónde empezamos? A ver... -Examinó los dos cuerpos durmientes de los amantes, ambos en una misma cama pero rígidos y separados por una distancia insalvable.- Las damas primero.

Buscó el lugar que ocupaba el corazón en el interior del cuerpo de la joven y, con la punta del cuchillo, hizo un pequeño corte por el que brotó un hilillo de sangre, que recogió con el cuchillo y se lo llevó a la boca para probarla. La saboreó y se dio cuenta de que ya no le repugnaba, a diferencia de la noche anterior. Ahora apreciaba su delicada belleza.

Alzó la afilada arma y la clavó fuertemente utilizando la herida anterior como guía. Se sucedieron las puñaladas en las dos víctimas, la sangre, hermosa y brillante, teñía todo cuanto tocaba con su suave caricia.

-¿Por qué os morís? ¡Sólo es sangre! -Gritaba el perturbado asesino- ¡Sólo es sangre! No os muráis -prorrumpió en una sonora y maniática carcajada que resonó en toda la casa- ¡Veis? ¡Sólo es sangre! ¡Sólo es sangre!

Repitió aquel desquiciado cántico hasta que el cansancio acudió a él y ya no pudo seguir apuñalando los cuerpos, hacía mucho ya sin vida, de los tristes amantes. Sin embargo, continuó riéndose en su desvarío mientras observaba su macabra obra, la sangre se deslizaba por sus manos y entre sus dedos y agradeció su calor, aunque su tibieza comenzaba a disiparse debido al paso de las horas.

Se arrodilló en un charco y dejó que la sangre empapara sus manos, después se levantó e imprimió ambas figuras en la pared, acompañando a las demás manchas.

Se retiró para ver el resultado y le pareció una maravillosa manifestación artística, si él fuera un caballero sin duda alguna aquel sería su escudo: dos manos de gules sobre campo de plata. Pero él no era el caballero, él era el monstruo que había que destruir y, de todas maneras, ¿para qué quería un escudo? ¿para proteger su vida? Demasiado tarde.

Por primera vez después de que muriera sintió que un nudo le retorció el estómago y una inmensa tristeza cayó sobre él. En aquellos momentos el odio y la venganza dejaron de importarle, puede que incluso de existir, y sintió empequeñecer su atrofiado e inmóvil corazón hasta que casi creyó que le dolía, pero era tan solo un reflejo de su torturada alma. Aún así, su imposibilidad para derramar una sola lágrima perduraba y no pudo llorar su pena.

Echó un vistazo a los cadáveres, que poco a poco iban perdiendo su calor, y caminó hacia la puerta, esta vez sin importarle dejar un rastro de pisadas sangrantes a su paso. Recorrió de nuevo las calles en penumbra. Tenuemente iluminado por un cielo cubierto de luminosas estrellas, cómplices de los crímenes de un loco.

Tras casi una hora caminando al fin llegó a su casa. Esta vez no estaba impaciente por eliminar los restos de su atrocidad, le daba igual. Simplemente estaba cansado, y triste. Como un alma en pena entró en el salón y se dejó caer en un rincón, casi calcando la noche anterior en el baño. Se quedó allí, sin hacer absolutamente nada, simplemente viendo el tiempo pasar. Observó cómo las últimas brasas de la estufa, antes ardientes, se iban apagando sin remedio y se tornaban negras. Con la mirada perdida en algún punto de la oscura habitación pasó el resto de lo que quedaba de aquella extraña noche acurrucado en aquel rincón. Sus frías manos, impregnadas aún de la sangre seca de sus últimas víctimas, no cesaban de temblar.

Capítulo 3: Introspección

Los primeros rayos de un rojizo amanecer iluminaron tímidamente la habitación en la que se encontraba Kalev, temerosos de despertar su furia, como si esta pudiese apagar el nuevo día con su aliento helado. Helado. Así era como se sentía, aunque la temperatura de la estancia era agradable, el frío se había internado en él desde la noche anterior. Al fin, se levantó del rincón en que se había confinado y fue a encender la estufa, avivó las llamas una y otra vez y, aunque notaba el calor que emanaba del fuego, el frío seguía dentro. Se dio por vencido. Estaba seguro de que aquel frío no se iría ya jamás, probablemente era otro efecto colateral de no estar vivo.

Al darse la vuelta, los ojos de Kalev se posaron en el lomo de un tomo reciente cuyo título rezaba “Introspección”, de una tal Zhyttya Madhyë. No sabía de qué le sonaba el nombre pero lo había escuchado antes, de eso estaba seguro. Quería cogerlo, pero todavía tenía las manos sucias con la sangre seca de los tristes amantes, así que primero se fue a lavar. Una vez limpio lo sacó cuidadosamente de la abandonada estantería y pasó la mano por la tapa, acariciándolo. Era suave. Abrió sus páginas al azar y lo acercó a su nariz, todavía mantenía ese olor característico de los libros nuevos. Sonrió. Era la primera vez que experimentaba una sensación de placer, por pequeña que pudiera ser, desde el suceso que había marcado el resto de su pobre existencia. Al principio se sentó en el sofá, pero la luz no era apropiada, así que movió el sillón para acercarlo al ventanal y se acomodó en él. Abrió la primera página:

“Cierra el libro. Cierra este libro porque lo has abierto pensando que aquí encontrarás respuestas sobre ti mismo, crees que yo te conozco mejor que tú y eso, querido lector, es un frecuente pero estrepitoso error. Comencemos dejando las cosas claras: yo no te conozco, no quiero conocerte y no tengo la más mínima intención de hacerlo. Sin embargo, conozco la mente vremiana, y es gracias a eso que puedo afirmar con relativa seguridad y confianza que acabarás –si es que tienes la suficiente paciencia y/o fuerza de voluntad para hacerlo- este libro conociéndote un poco mejor.”

Ya se acordaba de qué le sonaba el nombre de la mujer, era una conocida psicóloga. Había oído hablar de ella durante su tiempo en el proyecto y sus compañeros no hacían más que alabar su trabajo. Y sí, también había escrito un libro del que había vendido cientos de miles de ejemplares, si no más.

“Bien, ahora que cada uno conoce su sitio en esta provechosa relación, puedo introducirte en el mundo de la introspección, TU mundo. Por si no sabes lo que es, intentaré explicártelo: la introspección se podría definir como el proceso de exploración del ser, del propio yo, un viaje hacia el interior de uno mismo con resultados, en muchas ocasiones, totalmente inesperados. Últimamente se ha puesto de moda decir que uno se autopsicoanaliza (un concepto completamente inconcebible, dicho sea de paso) cuando en realidad lo que está experimentando es un momento introspectivo y, permítanme decir, probablemente tan poco profundo y correcto como fugaz.”

Continuó leyendo aquel libro y, frase a frase, página a página, fue descubriendo cada vez un pedazo más de sí mismo. Se desprendió capa por capa de su envoltorio frágil y efímero para llegar al núcleo de su propio ser, también frágil, sí, pero cargado de un significado, de un sentido, que la otra parte carecía. Descubrió así que la prematura muerte de sus padres, cuando él era tan solo un adolescente, dejó una huella en él incluso mayor de lo que creía. Su situación como hijo único y posteriormente huérfano lo obligó a madurar por las malas, aprendiendo a vivir a su manera, en soledad, y desarrollando una casi maniática obsesión por el control. En su trabajo aquello había sido útil pero, ¿y en su vida? Se daba cuenta de que todo aquello había condicionado su futuro, y que él había dejado que también lo determinase.

Sin embargo, las preguntas que comenzó a plantearle el libro lo pusieron en una situación incómoda, eran preguntas sobre su presente, sobre su conciencia. ¿Qué podía responder a aquello? ¿Que era un asesino loco y muerto sin remordimientos?

Esta vez sí, cerró el libro.

La realidad era demasiado abrumadora, afrontarla se le antojaba simplemente imposible. No merecía tocar el libro. No merecía tocar nada de lo que había en aquella sala, porque nada era ya suyo. Todo aquello le pertenecía a un extraño que antaño había vivido en su mismo cuerpo, en aquella misma casa. Él no se merecía nada de aquello. Todo estaba por encima de él.

Cayó de rodillas en el suelo y dejó escapar un grito desgarrador, su agonía no tenía final. Apretó los puños y golpeó el piso con todas sus fuerzas hasta que no pudo seguir. Le dolían los músculos y creyó que sus brazos no soportarían siquiera su propio peso. Pero lo hacían, seguían ahí al igual que él, aunque el dolor fuera casi insoportable.

Con esfuerzo se levantó de allí y arrastró los pies hacia su habitación hasta caer de bruces sobre la acolchada cama. Estiró el brazo, se colocó los cascos y apretó el botón de inicio en el reproductor de música. Eran canciones antiguas de viejas glorias, la tragedia del olvido había hecho sucumbir a algunas de ellas, pero nada se entierra para siempre. Tarde o temprano, todo vuelve a salir a la superficie, incluso las notas decrépitas de uno de los que él consideraba los mayores inventos humanos: el arte de la música.

El estruendo de las baterías, las voces profundas y los gritos agudos acallaron al fin los dolorosos pensamientos de Kalev, que permaneció en la misma posición hasta que las sombras se alargaron y la habitación oscureció hasta dejarlo envuelto en unas tinieblas que sólo dejaban adivinar la silueta de los objetos. De nuevo, la noche había caído.

Sin embargo fue muy distinto a la noche anterior. Todo daba vueltas en su cabeza y no sabía qué hacer para parar aquel remolino de ideas y emociones que asaltaba sus sentidos. Las voces en su cabeza se gritaban unas a otras, en una discusión demencial.

“¡Matarás! ¡No! Sí, lo harás. Porque es la exigencia del ser que sientes. ¡No, ese ser no soy yo! Tu pasado ya no existe, tú ya no existes. ¡Matarás! ¡Déjame! ¡Mata! Los vivos son un insulto. ¡Mata! Pero, ¿qué será de ellos? No importa, igual que a nadie le importa qué será de ti. Porque a nadie le importan los muertos cuando el muerto no es uno mismo. ¡Mata!”

El ser irracional se apoderó de Kalev una vez más, y el monstruo se irguió de nuevo en la noche para volver a matar. Salió a la calle y se dejó llevar hasta encontrar algo que le llamó la atención. Un dibujo de la luna colgaba de la barandilla de un balcón. Entró.

Desde fuera había podido apreciar que era una casa grande, y una vez en el interior vio que no se había equivocado. Un carísimo mueble en el recibidor le dio la bienvenida, a un lado vio un amplio salón, al lado de las escaleras estaba la cocina. Aunque había llevado su propio cuchillo prefirió buscar otro en aquella casa, pues el suyo estaba manchado de la sangre de sus anteriores víctimas.

Inspeccionó la parte baja de la casa, pero no había nadie, así que se dirigió hacia las escaleras tropezando con un objeto justo antes del primer escalón. Era una muñeca.

A un lado de la escalera había una puerta de la que colgaba una ristra de monigotes. Los cogió y los inspeccionó a la luz de la luna, el trazo era irregular y descuidado. No le importó. Traspasó la última barrera que lo separaba de su víctima, y se encontró de frente con una cama ocupada por una niña pequeña. No debía de tener más de seis años.

Dio un paso hacia la niña. “¿Qué estoy haciendo?” Otro paso. “No me obligues”. Otro paso. “Por favor, esto no”. “¡Cállate! ¿Es que no la ves? No es más que una miniatura de lo que ellos son. Está viva, y nosotros no. ¿Oyes esa respiración? ¿Escuchas ese tic-tac? Deberían ser tuyos, ¿deberían ser nuestros y no lo son! ¡No lo son!” “Deberían ser nuestros. Sí, sí, ¿deberían ser nuestros!”

La sangre volvió a manchar otras sábanas, otras paredes. La vida de la niña se esparcía sobre el suelo en afluentes de un mismo río, un río que correría una sola vez. La locura había conseguido cegar a Kalev una vez más, que se ensañaba con el estómago de la pequeña. El cuchillo volvió a hundirse en la tierna carne que yacía en la cama. Despertó horrorizado.

“¿Qué he hecho?” Se levantó bruscamente y anduvo hacia atrás sin poder desviar la vista de la pobre niña hasta que no pudo retroceder más porque la pared se lo impedía. “¡Monstruo!” Con los ojos desorbitados contempló su atrocidad, y mirándose las manos no llegó a comprender cómo había llegado hasta allí. “¿Cómo ha pasado? ¿Cómo me he convertido en esto?” La confusión se apoderó de él en aquellos momentos, no era capaz de reaccionar. Lo único que era capaz de hacer era mirar a la niña de lejos, desde la pared, sin atreverse a parpadear siquiera. Él no podía haber hecho eso, y sin embargo sabía que lo había hecho.

Tras un largo rato Kalev se acercó lentamente al cuerpo aún caliente de la niña y cruzó sus pequeños bracitos sobre su pecho, la arropó y, aunque ya no lo podía oír, susurró en su oído un “lo siento” que mojó de lágrimas su redondeada cara. Salió de la habitación muy despacio, como si temiera asustar al cadáver de la asesinada. Sin embargo, cuando llegó a la calle comenzó a correr todo lo rápido de lo que era capaz, y no paró hasta que llegó a su casa. Sin lavarse siquiera entró en el salón y se acurrucó en el mismo rincón de la noche anterior, repitiendo una y otra vez las mismas palabras: “Soy un monstruo. Soy un monstruo. Soy un monstruo. Soy un monstruo.”

Capítulo 4: Curación

Cinco hombres armados y vestidos con uniformes blancos irrumpieron en la casa de Kalev. Corrían por las habitaciones, miraban a su alrededor y volvían a salir, parecía que buscaban algo. O a alguien. Encontraron a Kalev tal y como se había quedado la noche anterior, aunque habían pasado muchas horas y había caído la tarde, él no se había movido. No tenía motivos para hacerlo. Lo apuntaron con sus armas y le gritaron que no se moviese o lo matarían. No entendían nada... Kalev miró hacia arriba para verles la cara, para mirarles a los ojos, aún sabiendo que se derrumbaría por dentro. Pero sólo vio cinco cascos que le devolvían su propio reflejo. Hubiera sentido náuseas de haber podido, si le quedaran fuerzas. Bajó la cabeza de nuevo y volvió a comenzar su letanía: “Monstruo. Soy un monstruo. Soy un monstruo. Un monstruo.”

Lo tiraron al suelo, boca abajo, y le esposaron las manos a la espalda. Le ordenaron que se levantara, pero ni quería ni podía hacerles caso. Estaba demasiado débil, sus piernas demasiado cansadas como para sostenerlo. Por un momento pensó que tal vez ese era el fin, pero no. Habría sido demasiado fácil. La pesadilla no había hecho más que empezar.

Lo arrastraron hasta la parte trasera de un vehículo completamente privado de luz -como si aquello le fuera a afectar, no tenían ni idea- donde lo trasladaron hasta las afueras de Byen Vaer, la ciudad que había sido testigo de sus crímenes. Allí los esperaba un edificio también blanco. No era nuevo pero estaba bien cuidado. Por fuera parecía que sólo tenía dos plantas, pero las ventanas a ras de suelo indicaban que había más en el interior, al menos una más. Imaginó que a él no le pondrían en la parte más cómoda. Le dio igual, como de costumbre. Las comodidades habían dejado de importarle desde el momento en que dejó de estar vivo.

Volvieron a arrastrarlo, esta vez hacia el interior del edificio blanco, en cuya fachada, justo encima de las puertas, podía leerse “Sanatorio criminal de Byen Vaer” en unas letras metálicas que habían perdido el brillo. Sonrió tristemente al leerlo. Si creían que podían curarle estaban muy equivocados. Nadie podía ayudarlo excepto La Muerte, y aquella bella dama le había hecho una visita, pero se resistía a llevárselo consigo.

Al abrirse las relucientes puertas metálicas del edificio, pudo ver que por dentro era igual o incluso más blanco. Todo estaba pulcramente colocado y no había absolutamente nada fuera de lugar, ni siquiera un solo pelo de la larga y lisa melena rubia de la recepcionista que, cómo no, también vestía de blanco. Lo acercaron hasta la mesa de madera clara tras la que se apoltronaba la recta recepcionista, que dedicó una mirada vacía, sin sentimiento, al nuevo “invitado” del complejo.

-¿Estado? -Preguntó a los guardias, arqueando únicamente su ceja derecha.

-Perdido. Este ya no sale, es el de las noticias de esta mañana. -Contestó uno de los guardias que lo sostenían, al tiempo que firmaba la hoja que le había tendido la recepcionista.- Pensábamos que después de lo que ha hecho sería peligroso, pero estaba tirado en un rincón y ni se ha movido cuando lo hemos detenido. Pero literalmente, eh. Lo tenemos que arrastrar porque ni siguiera camina.

-Mira, Fertrant, yo hago mi trabajo, tú haz el tuyo y llévatelo de aquí.- Respondió la recepcionista, y tras dedicarle una última mirada altiva se dirigió amablemente a los otros tres guardias que no sostenían a Kalev. -Podéis rellenarlo en cafetería siempre que tengáis cuidado de no mancharlo.- Dijo refiriéndose al papel que estaban firmando todos los guardias.

-Gracias, yo necesito un café con urgencia. -Escuchó Kalev mientras se alejaban de la entrada, avanzando hacia un ascensor.

Ya en él, se dio cuenta de que había tenido razón en pensar que el edificio no tenía sólo dos plantas. Tenía siete, cinco de ellas bajo tierra. Cuatro sin ventanas. A él lo llevaron a la más baja.

Las puertas del ascensor se abrieron ante él y vio un pasillo iluminado débilmente con unas luces verdosas y parpadeantes. Dejó caer la cabeza, no tenía ningún interés en escapar ni en lo que fuera a pasarle, así que no tenía sentido mirar por dónde lo llevaban. Sólo veía una sucesión de cuadradas baldosas blancas con reflejos verdosos a su paso, y pronto cerró los ojos.

Se pararon ante una puerta, también verde, con dos ojos de buey a la altura de las cabezas de los guardias. Tocaron dos veces a la puerta y esta se abrió por acción de una mujer con cara avinagrada. Dentro había otra puerta justo frente a él, dos banquetas, una a cada lado, y dos bloques de cuatro taquillas. La mujer abrió una de ellas y sacó un pijama blanco con dos zapatillas -con pinta de ser terriblemente incómodas- encima. Lo dejó todo en el banco más alejado de Kalev y se dirigió a él.

-Quítate la ropa. Toda. Te van a lavar ahí. -Dijo mientras señalaba con la cabeza hacia la otra puerta. -Cuando terminen contigo te daré una toalla, te secarás y te pondrás ese pijama de ahí. No quiero tonterías. Nada de autolesionarse, ni intentar suicidarse ni por supuesto intentar agredir a nadie, ¿entendido? Cuanto menos se note tu presencia mejor te irá. Si nos haces la vida más difícil nosotros te lo devolvemos multiplicado por diez. Si tú te crees listo nosotros lo somos más. No juegues porque vas a perder, puede que creas que no, pero lo harás. Todos lo hacen. No es una amenaza, es la verdad. Punto. Y ahora métete ahí -Estiró el brazo, señalando con el dedo a la otra puerta sin dejar de mirarlo a los ojos. -y pórtate bien.

Los guardias lo soltaron para que entrara, pero cayó de bruces al suelo. Lo volvieron a recoger sin parar de maldecir, abrieron la puerta y lo tiraron al otro lado. Cayó a un suelo de baldosas un tanto inclinadas hacia delante, donde vio un desagüe. Escuchó que alguien le gritaba que se pusiera en pie, levantó la vista y vio a un hombre sosteniendo una manguera a unos metros de él. Uno de los guardias que lo habían traído se acercó a él y le habló, el hombre de la manguera se encogió de hombros y abrió el chorro, apuntándolo hacia Kalev y empapándolo de un agua fría. No era sólo agua, tenía algo disuelto y en seguida se dio cuenta de que era la misma disolución que utilizaban en el hospital para desinfectarse las manos, cuando todavía trabajaba en aquel proyecto. Se arrastró torpemente hasta la pared y apoyó la espalda en ella mientras el chorro de agua casi le cortaba la respiración, cuando vio que la sangre ya había salido por delante se dio la vuelta. Se le resbalaron las piernas y cayó de lado, golpeándose la nariz y el labio, que comenzaron a sangrar. Haciendo un esfuerzo se incorporó para no ahogarse en el charco de la disolución desinfectante con su sangre. Hubiera sido algo repugnante.

Continuaron duchándolo unos minutos más, hasta que el líquido que se iba por el desagüe era completamente transparente. Quedó tirado en el suelo, apoyando los brazos y la cabeza sobre la pared, y tiritando. Los mismos guardias de antes lo levantaron, sabiendo que él solo no podría hacerlo, y lo sacaron de la ducha dejando tras de sí un rastro de líquido desinfectante. Lo sentaron en uno de los bancos y se retiraron al lado de la puerta mientras la mujer que le había dado el discursito de bienvenida le echó una toalla por encima.

-Sécate. -Le ordenó la mujer a Kalev. -Date prisa, que no tenemos todo el día.

Intentó secarse con la áspera toalla, que le parecía demasiado pesada. Tras decidir que si seguía con la toalla terminaría por rallarse la piel, la dejó caer a un lado. La mujer se acercó con unas vendas y un frasco, del que vertió unas gotas de

líquido en las heridas de Kalev y después las vendó. Todo ello sin el más mínimo cuidado y protestando en voz baja, como si Kalev no pudiera oír sus insultos. El frío pasó desapercibido para ella, que creyó que se debía simplemente a la ducha. Se vistió con el pijama blanco, todavía un poco húmedo. Mientras, la mujer se dirigía a los guardias.

-Llevallo a la 137, ahora mando a alguien para que le lleve algo de comida. Ah, y no irá el doctor Lieb, como este es un caso tan especial han traído a la doctora Madhyë.

Kalev reconoció el nombre de la doctora. Había empezado a leerse su libro: "Introspección". Los resultados habían sido poco menos que desastrosos.

Antes de que Kalev pudiera reaccionar fue arrastrado de nuevo hacia el ascensor, esta vez subieron a la primera planta, la más alta. Tras recorrer varios metros por el pasillo principal se desviaron hacia la izquierda, y allí estaba, la primera puerta a la derecha, la habitación 137. Abrieron la puerta y se encontraron de frente con una mujer. Sí, no había lugar a dudas, era Zhyttya Madhyë.

-Os estaba esperando. Por favor, pasad. -Dijo mientras hacía un gesto de invitación con la mano. Era una habitación más amplia y mucho más luminosa de lo que Kalev se había esperado. La cama parecía cómoda y todo estaba pulcramente ordenado y limpio. Zytthya señaló una silla que se encontraba al otro lado de la cama, justo frente a una mesa y otra silla. -Esa silla no es tan cómoda como me gustaría pero es lo mejor que he podido conseguir.

Los guardias esposaron las manos de Kalev a la silla, y después sus tobillos a una argolla en el suelo. Se posicionaron tras él pero la psicóloga intervino de nuevo:

-Si fuerais tan amables de esperar fuera, esta es una entrevista confidencial.

Sin embargo, tras salir los guardias no habló. Cuando trajeron la comida dio las gracias y se recostó en su silla, bastante más cómoda que la de Kalev, por supuesto, y lo miró fijamente mientras este tomaba, casi sin fuerzas para levantar la cuchara, una sopa caliente. Aún después de terminar la sopa y un puré que parecía cemento (también por el color), la doctora siguió así durante un tiempo indefinido.

-¿Cómo te llamas? -Preguntó finalmente. Aunque no obtuvo respuesta alguna de Kalev. Esperó unos instantes y volvió a intentarlo -¿Cómo te llamas? -De nuevo, sólo silencio.

Kalev mantenía la cabeza baja, sin mirarla, como si Zhyttya no estuviese en la habitación, sino en algún lugar muy lejos de allí, donde no pudiera escucharla.

-Escúchame, no me voy a marchar sólo porque no me respondas. Si hoy no me hablas volveré mañana, y voy a seguir aquí hasta que hayamos tenido una entrevista decente, así que esconderte dentro de ti mismo no te va a ser de ninguna ayuda para librarte de mí. Vamos a intentarlo de nuevo, ¿vale? ¿Cómo te llamas?

-¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes? -Respondió al fin Kalev, aún sin levantar la vista.

-Bien, vamos avanzando -Dijo más para sí misma que para Kalev-. Lo pregunto porque quiero que me respondas, y quiero que lo hagas con sinceridad. Es necesario que comprendas que, aunque puedo acceder a información sobre ti, prefiero obtenerla de primera mano. Y ahora, ¿te importaría responderme?

-Me llamo Kalev, Kalev Derston. -Esta vez sí, sostuvo la mirada fijamente sobre los ojos de Zhyttya.

-¿Cuántos años tienes, Kalev?

-Treintaidós.

-¿Has vivido siempre aquí, en Byen Vaer?

-Sí.

Mientras hablaban, Zhyttya iba apuntando en su pequeña libreta. Aunque Kalev no podía ver nada de lo que ella escribía.

-¿Tienes estudios?

-Sí.

-¿Tus padres te apoyaron a la hora de decidir qué querías estudiar?

-No podían apoyarme, estaban muertos.

-¿Los mataste tú?

-¡NO! -Hasta entonces Kalev se había mantenido indiferente, pero ahora parecía realmente ofendido por la pregunta. -No, claro que no. Yo quería a mis padres. Y ellos me querían a mí, si eso es en lo que estás pensando. Nada de esto es su culpa, ellos no tienen nada que ver.

-¿Y de quién es la culpa entonces, Kalev? -Inquirió Zhyttya. Había llegado exactamente a donde ella quería.

-Mía. De nadie. No lo sé. No sé de quién es la culpa. No sé nada. ¡NO LO SÉ! - Kalev estaba gritando, había intentado ponerse en pie, pero las cadenas no se lo permitían y se retorció intentando librarse de ellas, aún sabiendo que no era posible.

Al escuchar los gritos, los dos guardias irrumpieron en la habitación, dispuestos a reducir a un alterado Kalev. Pero Zhyttya, con toda tranquilidad, hizo una señal para que volvieran afuera. Los guardias se quedaron quietos por un momento, sin saber qué hacer. Podía ser peligroso dejarla allí sola con aquel loco, pero debían obedecer sus órdenes. Finalmente, tras un último vistazo al paciente, se marcharon.

-Tranquilízate o tendrán que relajarte a base de inyecciones. Y créeme, es molesto. La cabeza te dará vueltas y la realidad te parecerá imaginación, y lo que imagines te parecerá real. Y cuando terminen sus efectos te sentirás tan cansado que no querrás otra cosa que no sea el Sueño. -De nuevo, lo tenía donde ella quería. Había logrado calmarlo y Kalev ya no miraba al suelo, como al principio. La miraba a ella.

-A mí el Sueño ya no me afecta. Estoy muerto. ¿Era eso lo que querías saber? ¿Cómo era posible que matara a aquellas personas por la noche? Pues ahí lo tienes. No puedo tener el Sueño porque yo ya no estoy vivo.

-Y, sin embargo, aquí estás. Dime la verdad, Kalev. A mí no me parece que estés loco y sólo un loco hablaría así. Así que dime, ¿qué hiciste en realidad para librarte del Sueño? -Zhyttya no creía que aquello fuese verdad. Era normal, no era una mujer dada a creer en lo sobrenatural. Todo tenía una explicación perfectamente razonable, sólo había que encontrarla.

-Crees que como tengo conocimientos para manipular un corazón yo manipulé el mío para evitar el Sueño, ¿verdad? Pues no. Hasta donde yo sé eso no es posible, o por lo menos eso pensaba antes, pero ahora ya no sé qué creer. Antes pensaba que si se te paraba el reloj te morías y punto, ahora sé que no siempre es así, a veces te mueres y continuas existiendo. Sí, señora, eso fue lo que me pasó a mí. Hace cuatro noches me desperté a las cuatro de la madrugada, y el reloj se me había parado, pero yo continuaba ahí. Desde ese momento me convertí en el monstruo que soy ahora.

-Yo no creo que seas un monstruo. Lo que yo veo es un hombre que tiene miedo. Nada más.

-Entonces tiene usted un serio problema, señora.

-No, Kalev. Yo no tengo ninguno. Pero veo que tú sí tienes dificultades para contarme la verdad, ¿te avergüenzas de lo que hiciste y por eso te inventas esta historia?

Kalev se estaba empezando a desesperar, ¿por qué se empeñaba en seguir diciendo que mentía? ¡Le estaba diciendo la verdad! Si quería mentiras tendría mentiras. Se inventaría una versión acorde con lo que ella esperaba que le contara. Lo intentó, durante unos minutos intentó inventarse algo, pero no pudo. Le resultaba imposible crear una historia clara en su mente, todo era una nube lejana y confusa de elementos indescifrables. No podía mentir.

-Increíble -susurró Kalev, con cara de sorpresa. -Simplemente increíble.

-¿Qué es tan increíble, Kalev? -Inquirió Zhyttya.

-No puedo mentirte. Puedo elegir no responderte pero no puedo mentirte. Si hablo, tengo que decir la verdad. Ni siquiera puedo inventar la mentira en mi mente. ¡Es increíble!

-Kalev, sabes que no tienes necesidad de mentirme, no soy de la Guardia Blanca ni nada de eso. Estoy aquí para ayudarte, déjame hacerlo. -Seguía insistiendo Zhyttya, aunque parecía un tanto confusa.

Kalev se dio cuenta de ello, la miró fijamente y, tras observarla durante unos instantes, sonrió:

-Sabes que no miento, pero te da miedo creerme, ¿verdad? Todo en ti te está diciendo que lo que digo no tiene sentido, pero estás viendo con tus propios ojos que lo que digo es cierto.

Zhyttya no respondió. Simplemente se levantó sin decir nada y, justo antes de salir por la puerta, murmuró algo parecido a “hemos terminado por hoy”.

Ambos guardias se sobresaltaron cuando la vieron salir. Antes había hecho gala de una gran seguridad en sí misma, y en aquellos momentos no parecía más que un alma perdida. Ella, inexpresiva, ni se inmutó cuando le preguntaron si se encontraba bien. Anduvo hasta el baño que quedaba al final del pasillo y entró. Las manos le temblaban cuando fue a lavarse la cara para intentar despejarse. Era

cierto. Era imposible pero era cierto. Kalev había muerto, y le había dicho la verdad. La buena noticia es que ya sabía cómo había logrado asesinar a aquellas personas. La mala, el resto.

Después del choque de la primera impresión, Zhyttya se dio cuenta de que nadie más podía saberlo, si en el Sanatorio se enteraban no habría preguntas, ni juicios, ni nada. Lo eliminarían. Alegarían que un ser capaz de seguir viviendo después de que su reloj se hubiera parado es una aberración contra su naturaleza, y un peligro más que demostrado. Además, si la gente se enteraba cundiría el pánico entre la población, algo que nunca antes había pasado. Los vremianos no estaban acostumbrados al miedo, y una noticia de este tipo introduciría al mundo en un completo caos. Se dio cuenta de todo lo que estaba en juego. No era un paciente más, ni siquiera el paciente “especial” que le habían dicho que era. La estabilidad del mundo vremiano dependía ahora de cómo manejara esa situación, y a ese paciente. Se recompuso en unos instantes y salió del baño, dispuesta a hablar de frente y a las claras con Kalev.

Al llegar a la puerta de la celda 137 de nuevo, los guardias preguntaron si había ocurrido algo y si necesitaba ayuda. Ninguno de los dos se fiaba del paciente y creían que sería más seguro para ella que estuviesen dentro. Sin embargo, ella se mantuvo y no dejó que pasaran. Intentó tranquilizarlos diciendo que su salida anterior de la habitación no había tenido nada que ver con él, sino con una indisposición suya debida, probablemente, a que había comido algo en mal estado. Le restó importancia al asunto e insistió en que, como todas las sesiones con el resto de sus pacientes, esta sería igualmente privada, sonrió y volvió a introducirse en la habitación.

-Vaya, creía que ya no volverías por hoy -Dijo Kalev al verla. Estaba serio.

-Me lo he pensado mejor. Creo que deberíamos aclarar unas cosas antes de dar la sesión por terminada -Respondió Zhyttya a su vez, también con gesto serio y ya del todo repuesta.

-Tú dirás, entonces.

-Pongamos por un supuesto que yo te creo, y que realmente me estabas diciendo la verdad antes cuando dijiste que se te había parado el reloj, y también que no puedes mentir -Kalev interrumpió para decir que no era un supuesto, sino la verdad-. No me interrumpas, por favor. No he terminado de hablar. Supongamos que lo he meditado y que te creo. Supongamos también que he pensado en qué pasaría si alguien más se enterara y que, en ese caso, lo más probable sería que te

mataran, y que por lo tanto, ese yo supuesto ha llegado a la conclusión de que no puedes decírselo a nadie más. Prohibiré todo tipo de visita, tanto de los guardias como de cualquier otro miembro del personal del Sanatorio, pero si alguien te pregunta que cómo lo hiciste, no respondas. Yo diré que te niegas a hablar pero que con terapia puedes llegar a contármelo, solo así me dejarán continuar.

-¿Qué ha pasado con las suposiciones? -No supo si pretendía hacer una broma o sacarla de quicio, pero ninguno de los dos rió. Ambos estaban serios -Sólo por si quieres salir de dudas -Dijo mientras alargaba una mano hacia ella.

Zhyttya lo miró con expresión interrogante hasta que se dio cuenta de que quería que le tomara la mano. Al hacerlo notó frío. Un vremiano vivo jamás estaría tan frío. No le quedó ninguna duda de que Kalev decía la verdad. Retiró la mano en seguida, como si en lugar de estar helada estuviese ardiendo.

-Hasta mañana, Kalev. Y no hables con nadie -Atajó Zhyttya.

-No te preocupes. Durante el día suelo mantener mis facultades, y dado que no creo que haya aquí nadie despierto por la noche, no podré decírselo a nadie - Entonces cayó en la cuenta de algo- Pero podré matar a alguien -Susurró al tiempo que miraba desesperadamente a Zhyttya. -No me pueden quitar estas cadenas. Diles que las dejen. Por favor. -Suplicó de forma rígida. Sus mandíbulas parecían querer triturarse mutuamente.

Zhyttya asintió antes de salir por la puerta con gesto preocupado. Indicó a los guardias la necesidad de mantenerlo encadenado durante la noche “por un experimento”, formalizó la solicitud de mantener al paciente aislado y se marchó a su casa. A salvo.

Capítulo 5: Redención

Al día siguiente, Zhyttya se dio prisa en ir al Sanatorio. Estaba preocupada por lo que hubiera podido pasar durante la noche. En recepción preguntó si alguien había entrado en la habitación y dio las gracias por respetar su petición. Nadie había ido.

Subió al piso superior y marchó temerosa hacia la puerta de la celda 137. Ante ella se encontraban los mismos guardias del día anterior.

-Doctora, sé que no quiere que nadie más que usted entre en esa habitación, pero hemos estado escuchando muchos ruidos que provienen de ahí dentro. No creemos seguro que entre usted sola.

-Gracias por su consideración, señores, pero me temo que no van a hacerme cambiar de opinión. Si me disculpan...

-Doctora, no ha escuchado usted los ruidos. No eran solo las cadenas. Gritos escalofriantes, golpes... No puede entrar usted ahí sola, por favor.

-Les garantizo que puedo, señor Garold. -Dijo Zhyttya tras leer su nombre en la chapa del pecho del guardia- Y que lo haré. Les ruego que no retrasen más mi trabajo. Gracias -Musitó esta cuando se apartaron para dejarla pasar.

Metió su tarjeta en la ranura de la puerta y empujó, procurando abrirla lo justo para poder pasar sin que los guardias pudieran echar un vistazo al interior. Nada podía haberla preparado para lo que vio. Kalev estaba sentado en un rincón, cubierto de una capa de sangre semiseca. La cadena serpenteaba desde su brazo a la argolla donde estaba anclada y Zhyttya vio que esta también estaba manchada. Si él seguía encadenado entonces esa sangre solo podía ser suya. A pesar de la horripilante escena que se presentaba ante sus ojos, se sintió aliviada porque aquella noche no había muerto nadie en el Sanatorio. Si hubiera pasado algo no habría podido con la culpa. Pero en aquellos momentos debía centrarse en Kalev, que seguía en el rincón aparentemente ajeno a su presencia.

-Kalev, ¿qué ha pasado? -Al escuchar el sonido de su voz, este alzó la cabeza para mirarla con unos ojos llenos de desolación y un rostro magullado.

-La noche -Respondió sin más con una voz ronca y triste.

-¿Esto te lo has hecho tú? -Zhyttya sabía que era una pregunta tonta, claro que se lo había hecho él. Pero tenía que hacer que se lo contara, y analizar si ahora ella corría algún peligro, aunque sospechaba que no.

-No -La respuesta desconcertó a Zhyttya por un momento-. Ha sido el monstruo. El monstruo quería sangre, pero la cadena no me dejaba ir a buscarla y el monstruo tomó la mía. De momento se ha ido, pero volverá esta noche. Seguro que vuelve.

Zhyttya se acercó, viendo que no había peligro, para observar de cerca las heridas. Algunas de ellas aún sangraban, aunque no lograba ver gran cosa con la poca luz que entraba en la habitación a tan prontas horas de la mañana. Le dio a Kalev el reloj que él mismo había fabricado y que ella había rescatado de la ropa con que llegó, y le dijo que se lo metiera en la boca. Kalev creyó saber qué pasaba por la cabeza de la doctora. Llamó a recepción para que avisara al equipo de emergencias y este se presentó al cabo de unos minutos con todo lo necesario para curar al herido.

Se mostraron muy sorprendidos de que a horas tan tempranas hubiera pasado algo tan grave, pero no hicieron muchas preguntas. Le quitaron el pijama con cuidado, empapándolo en las partes donde se había quedado pegado sobre las heridas por la sangre seca, y después lo lavaron con un producto más suave que el que utilizaron en las duchas. Zhyttya pudo ver cómo se había dejado en carne viva los brazos (donde aún tenía a medias de curar anteriores heridas), las piernas, el torso, incluso el cuello. Se había arrancado la piel con las uñas y se había ayudado de la cadena para hacerse más daño. La muñeca a la que estaba unida la cadena era una visión espantosa. Le curaron las heridas y le vendaron las más graves, entre ellas el cuello y la muñeca. Y una vez terminaron con él, se fueron. Aunque justo en aquel momento llegaba el desayuno, que Kalev se dio prisa en acabar, pues no quería a nadie más en la habitación.

-¿Estás mejor? -Preguntó Zhyttya, verdaderamente preocupada por su estado y con el estómago revuelto.

-¿Crees que no se han dado cuenta de que había algo raro con mi pulso? - Preguntó a su vez Kalev, cambiando de tema- Seguro que pronto se escucharán cosas por los pasillos, cosas extrañas sobre el loco de la 137. Cosas como que el tic-tac no le sonaba en el corazón, sino un poco más arriba, y que estaba tan frío como el mismo hielo -La miró a los ojos durante unos instantes que a Zhyttya se le hicieron eternos, parecía atravesarle la carne y ver sus pensamientos con la mirada y, a la vez, ser la criatura más asustada del universo-. No tardarán en descubrirlo.

-Ya pensaremos en algo. De momento no lo sabe nadie más que yo, así que puedes estar tranquilo -tenía un nudo en la garganta que no sabía cómo había aparecido-. Ahora debemos centrarnos en frenar al monstruo. No queremos que vuelva, ¿verdad? -Dijo mientras se sentaba en la silla frente a Kalev.

-No. No quiero que vuelva. Me hace daño -le temblaba el labio inferior mientras hablaba.

-Sí, no nos podemos permitir otra noche como esta o te desangrarás. Aunque en tu estado no sé qué podría suponer eso -declaró pensativa.

-No me refiero a las heridas. Me hace más daño por dentro. Las heridas al menos me recuerdan que sigo aquí, pero lo otro... -le temblaba todo el cuerpo.

Zhyttya se había quedado mirándolo, casi con la boca abierta, desde su silla. Cada vez que Kalev hablaba la desconcertaba aún más, no sabía si estaba loco o cuerdo, o un punto intermedio entre los dos. Lo único de lo que estaba segura era de que decía la verdad. Siempre. Por mucho que se había fijado, no había detectado ninguna de las señales propias de su especie cuando miente. Y ella era la mejor encontrando esas señales, le daba cierta vergüenza admitirlo en público pero era un hecho. Por lo que no le quedaba más remedio que creer todo lo que dijera, con cierto margen de interpretación, claro.

-Kalev, ¿qué puede ser peor que lo que estoy viendo?

-No quieres saberlo.

Cuando Kalev le respondía con el miedo en el cuerpo, aún intentando mantenerse firme y seguro, y la miraba a los ojos, Zhyttya notaba un escalofrío recorrer su espalda y una dificultad exagerada para sostener su mirada. Realmente no quería saberlo, pero lo necesitaba si quería ayudarlo. De otro modo, si no hacían nada, el monstruo, como él lo llamaba, volvería noche tras noche hasta acabar de consumirlo.

-Sé que probablemente no quiero saberlo, pero no puedes seguir así. Y para ayudarte me tienes que decir qué es eso con lo que te tortura.

Dudó unos instantes antes de relatarle con todo detalle lo que había sucedido aquella noche. Zhyttya comenzó apuntando todo lo que podía, pero poco a poco se olvidó de escribirlo y se centró únicamente en escuchar con atención cada una de las palabras de Kalev, cada cual más espeluznante.

Era casi mediodía y ni se habían dado cuenta de que había pasado el tiempo. Unos ligeros golpes en la puerta los sacaron de la historia. La comida había llegado. Zhyttya se quedó a comer allí también y se aseguró de que Kalev no dejara nada en el plato, tenía que reponer fuerzas.

Pasaron toda la tarde hablando sobre sus vidas, Zhyttya le desveló que no había conocido nunca a sus padres, pues se crió en un orfanato y nunca supo si la habían dado en adopción o murieron sin otro tipo de parientes con los que dejarla. Lo único que sabía era que no tenía familia, nadie que se preocupase por ella. Kalev supo de lo que hablaba, pues perdió a la suya siendo aún muy joven, y entendió el sentimiento de desamparo al que se refería. Zhyttya creía que empatizar con otras personas le vendría bien para “debilitar al monstruo”, como habían dicho al comenzar la sesión después de comer. Sin embargo, aunque al principio aquello había parecido animar a Kalev, con el paso de las horas, y cuanto más hablaba Zhyttya, más afligido se le notaba. La psicóloga no entendía el por qué, pero lo había visto con toda claridad, lo cual la estaba comenzando a inquietar.

Cuando ya había llegado la hora de irse, Zhyttya no pudo contenerse y, antes de atravesar la puerta, habló:

-Prométeme que vas a intentar vencerlo. Por favor -añadió tras una pequeña pausa.

-Creo que sé qué es lo correcto para hacer en esta situación. Adiós -Se despidió Kalev.

-Adiós -Respondió Zhyttya, visiblemente aliviada.

Y se fue sin saber qué era lo que tanto había turbado a Kalev durante la conversación que habían mantenido toda la tarde. Kalev se había ido dando cuenta de que aquello no tenía una salida real. Sí, tal vez algún día pudiera volver a ser él mismo durante la noche y dejar atrás esa bestia en la que se había convertido, pero no podía engañarse. La verdad era que aunque eso llegase a suceder seguiría estando muerto, y quién sabe qué pasaría si alguien más se enterase. Seguramente intentarían mantenerlo en secreto para no alertar a la población, pero ¿lo conseguirían? Y si su situación se hacía pública cundiría el pánico en el mundo entero. La población vremiana, tan pacífica, aquella que había eliminado las fronteras de los mapas y que había conseguido vivir como no pudo el ser humano, como una sola civilización en el mejor sentido de la palabra, entraría en un estado de pánico tal que sería imposible predecir las consecuencias. Aquello

había dejado de ser solamente problema suyo, él era un problema de todos, aunque nadie más que él y Zhyttya lo supieran.

Y Zhyttya... Ese era otro tema que le preocupaba tremendamente. Porque si todo salía a la luz, aún si sólo se enteraban en el Sanatorio, sabrían que lo había estado ocultando y protegiendo. Y aquello tendría repercusiones. No quería que ella, que todavía podía aprovechar su tiempo y vivir de verdad, se viera comprometida de alguna manera por protegerle a él. Aún más sabiendo que no tenía ningún tipo de oportunidad de que aquello saliera bien. Por mucho que le pudiera gustar imaginarse que su tic-tac volvería a sonar, no era más que un deseo imposible, y uno muy peligroso. Ella no tenía por qué pagar por sus pecados. Si la descubrían... ¿Qué harían con ella? ¿La condenarían a alguna prisión? ¿La meterían en una de las celdas del propio Sanatorio donde estaba trabajando? ¿La matarían? La verdad, no sabía qué esperarse de aquellas Excepciones. ¿Es que los trabajadores no se daban cuenta de que en realidad no se diferenciaban tanto de los encerrados allí? Todos en el Sanatorio (menos Zhyttya, que estaba allí de forma eventual) eran Excepciones de la raza vremiana, ninguno tenía las características completas que definían a los vremianos como la más respetuosa y pacífica de las razas, incapaz de llevar a cabo ningún tipo de acto violento. Lo único que marcaba la diferencia, es que los que trabajaban allí habían sido entrenados para utilizar esa violencia en favor de una institución que decaía cada vez más con el tiempo. Especialmente desde que empezó a contar con los servicios del doctor Lieb, el carnicero.

Ahora solo le quedaba una cosa por hacer si quería acabar con toda aquella locura. Terminar algo que él jamás deseó haber empezado.

Revisó la hora. Quedaba poco para que todo el personal se fuera de allí. Meditó sobre lo que ocurriría en unos pocos minutos, y creyó encontrar las palabras correctas. Cuando todo estuvo en silencio comenzó a desmontar la cama en la que se suponía que debía pasar el Sueño. Cogió uno de los muelles y se pinchó con un extremo en la carne, era menos doloroso que utilizar una de sus anteriores heridas. Se mojó un dedo en la sangre que salía de su costado y escribió en la pared.

Después siguió desmontando la cama y creó un artefacto un tanto extraño, muy puntiagudo, y con ayuda del somier y de su propia cadena lo ancló al suelo, con el pico hacia arriba. Volvió a mirar el reloj, las 9:57. No podía esperar más o corría el peligro de que el monstruo echase a perder el plan.

Al día siguiente Zhyttya llegó lo más pronto posible, quería saber cómo había pasado la noche Kalev. Esperaba de todo corazón que hubiese conseguido vencer al monstruo y que no hubiese salido malherido en el proceso. Después de todo, habían avanzado mucho en muy poco tiempo. Cuando llegó a la puerta los guardias le dijeron que todo había estado en silencio desde que ellos habían llegado. Eso era una buena señal. O eso creía.

Al abrir la puerta encontró el cuerpo de Kalev tumbado boca abajo en un charco de sangre demasiado grande. Corrió hacia él, gritando su nombre en un llanto desesperado, y pidiendo auxilio. Pero no había nada que hacer por él y, aunque lo sabía, no quería creerlo. Se lo había prometido, había prometido intentar vencerlo, ¿era esta la última obra del monstruo? ¿Su despedida porque sabía que ya no le quedaba tiempo? No, en realidad... En realidad él no había prometido nada, sólo dijo algo sobre hacer lo correcto y ella lo interpretó como mejor quiso. Intentó darle la vuelta, como si mirar directamente a sus ojos muertos fuera a responder a sus preguntas, pero no pudo. Había algo que lo sujetaba. Con ayuda de los guardias lo levantaron y le dieron la vuelta, solo para ver que se había apuñalado a sí mismo siete veces. Probablemente porque no tuvo fuerzas para hacerlo una vez más. Zhyttya se derrumbó a su lado, sintiendo que el dolor y la culpabilidad se apoderaban de todo su ser. Era su deber mantenerlo a salvo, y con su conversación de la tarde lo había empeorado todo. Kalev no se merecía este final. No así. Se esforzó por volver a mirarlo a la cara, y encontró algo que no esperaba: la mancha de una lágrima que había recorrido su rostro hasta perderse en el suelo o en la ropa.

Al levantarse del lado de Kalev, con su antes impecable traje empapado en sangre y la cara anegada de lágrimas, vio el mensaje de la pared:

“Esto era lo correcto. Y recuerda, no puedo mentir. Vive.”